

Capítulo V

Sinaloa, ¡Ya basta con los zombis y las vanguardias! La importancia de una humanidad desliñada para la construcción de la paz

EVERARD MEADE*

El 21 enero 2015, una cosmetóloga fue acusada de adulterio, secuestrada por su marido y su cuñado, amarrada con un mecate, arrastrada lentamente por la plaza de Navolato, Sinaloa a las 10:30 de la mañana, un domingo. Fue denunciada, desnudada, golpeada, y dejada inconsciente en la calle por su esposo de 20 años, y dejada por muerta. Nadie llamó a la policía, y es muy probable que varios policías hayan presenciado el ritual denigrante sin hacer nada. Ella sobrevivió al ataque con moraduras y heridas físicas superficiales, y aún regresó a trabajar en su peluquería en la misma plaza en la que fue expuesta a esta violencia y apatía crueles.

Los victimarios no fueron detenidos hasta que quejaron activistas y mujeres oficiales de Culiacán, tres días más tarde. Pero, resultaron liberados el mismo día porque la averiguación previa no fue por un “delito grave”. El 8 de abril, el proceso penal por lesiones y daños fue formalmente cerrado cuando la víctima acudió al juez y “le perdonó” al marido.¹

El contexto fue “la tierra del *Chapo*” cuna y capital del narco, donde hay operativos militares al tamaño y con la ferocidad de las contra insurgencias de la guerra fría en la sierra, y tiroteos y asesinatos que han hecho a Culiacán famoso por sus cenotafios y mausoleos. Un Sinaloa en el que

* Director del *Trans Border Institute* de la Universidad de San Diego.

¹ “INMUJERES solicita alerta de género en Sinaloa,” *El Universal*, 8 de marzo de 2016; “Violencia sin freno: Mujeres sinaloenses en la indefensión legal,” *Riodoce*, 22 de marzo de 2015; “Mujeres priistas piden indemnizar a víctima,” *El Debate*, 4 de marzo de 2015; “Pasivas autoridades en el caso de mujer arrastrada en Navolato,” *Línea Directa*, 14 de febrero de 2015; “C’MAS reprueba omisión en caso Ana Cecilia,” *Riodoce*, 13 de febrero de 2015; “Se atenderá el caso de Ana Cecilia: Malova,” *El Debate*, 12 de febrero de 2015; “En momentos sentí que me iba a matar,” *El Debate*, 10 de febrero de 2015; “Habla hermano de mujer que fue exhibida desnuda en Navolato,” *El Debate*, 31 de enero de 2015; “Exigen reclasificar el delito por caso de Navolato,” *El Debate*, 30 de enero de 2015; “Caso de mujer agredida en Navolato refleja machismo,” *El Debate*, 28 de enero de 2015; “Jalaba con una cuerda a una mujer semidesnuda,” *El Debate*, 21 de enero de 2015.

más de 33 mil personas han sido desplazadas por violencia sólo en los últimos cinco años, en donde la tasa de feminicidios de mujeres menores de 25 años se ha disparado en los últimos dos años, con señales de violación y tortura en muchos casos.² Antes de este incidente de violencia doméstica espectacular, Navolato ya tenía una reputación por la violencia del narco. El municipio costero, ubicado al oeste inmediato de Culiacán, fue la escena de un atentado en contra el presidente municipal que dejó varios muertos en 2008; en 2009, un grupo de adolescentes fue fusilado en el malecón de Altata; en 2015, dos surfistas australianos fueron asesinados; y, más recientemente, una oleada de balaceras, incendios y asesinatos en la comunidad agrícola de Villa Juárez, entre otros casos.³

En este contexto, un grupo de activistas, líderes de ONG locales, investigadores, periodistas y otros miembros de la comunidad fue convocado por la Universidad Autónoma de Sinaloa, la Comisión Estatal de Derechos Humanos y el Instituto Trans-Fronterizo de la Universidad de San Diego.⁴ De toda la gama de violencia que asolaba a la población de Sinaloa, el grupo identificó al de Navolato —de violencia doméstica espectacular pero no mortal— como el caso que indignación causó, la gota que colma el vaso.

En este contexto, la elección del caso de Navolato nos ofrece una fuerte lección a nosotros los académicos y universitarios comprometidos con la construcción de la paz. Nos indica cuáles intervenciones o colaboraciones que emprendemos desde nuestras posiciones de seguridad relativa podrían ser las más eficaces para las comunidades más afectadas por la violencia. Recalca la importancia de escucharlas activamente y de pensar bien el cambio social (aunque las perspectivas estructurales y globales que implican o demandan cambios más radicales son más rentables en términos profesionales o mediáticos).

Cuando preguntamos al grupo sobre los orígenes y causas fundamentales de este caso, los primeros en responder culparon a “los narcos” —por haber corrompido a la policía y sembrado la impunidad, por haber impulsado una cultura de violencia espectacular y celebrado un machismo hiper-violento— desde los actos más grotescos de ejecuciones y mutilaciones hasta el imaginario dionisiaco de “batos pesados” con sus “troques y viejas” de los narcocorridos. Más o menos la mitad del grupo opinó así.

Los segundos en responder, y al principio con un poco más titubeo, rechazaron esta explicación. Nos dijeron que este acto de violencia pública tiene mucho que ver con una cultura rural machista y patriarcal, y poco con el narco. En Sinaloa, nos relataron, echamos la culpa para todo al narco. Pero, en este caso el esposo no es narco, el cuñado no es narco, la víctima no es narco, y el castigo

² “Sinaloa: 33 mil desplazados por la violencia; en la semana van 200 familias, hallan hoy 7 muertos,” *Sin Embargo*, 16 junio 2016. Fuente original: Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos, (2014), *Desplazamiento interno en México*. Para los feminicidios en Sinaloa, véase: Trans-Border Femicide Project, Sinaloa: <http://sites.sandiego.edu/tbi-femicide/femicide-sinaloa-2006-2016/>

³ “Se ‘calienta’ Navolato”, *Noroeste*, 14 de abril de 2008; “Atentan contra Alcalde de Navolato: 3 muertos”, *Noroeste*, 6 de noviembre de 2008; “Disparan contra multitud en Navolato; 8 muertos”, *El Universal*, 31 de agosto de 2009; “La pesadilla de dos surfistas en México”, *El País*, 9 de diciembre de 2013; “Pánico en Villa Juárez tras trágica balacera”, *El Debate*, 7 de febrero de 2017; “Momento en el que gatilleros irrumpen Villa Juárez”, *El Debate*, 21 de febrero de 2017; y “Vuelve la sicosis a Villa Juárez, Navolato”, *El Debate*, 17 de marzo de 2017.

⁴ “Tres seminarios en la construcción de paz, justicia y ciudadanía”, Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), 21 de marzo–16 de mayo 2015; y “¿Cómo construir un proceso de paz en Sinaloa?”, *El Debate*, 23 de abril de 2015. Estos encuentros han seguido con un diplomado en Estudios de Paz Aplicada en la UAS (2016), y El Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, Campus Culiacán (2017), los dos coordinados por la Universidad de San Diego.

ejemplar que sufrió por un supuesto acto de adulterio no tenía nada que ver con el narcotráfico, ni con una riña entre grupos del crimen organizado, ni fue sacado del guion de un narcocorrido. En este caso, el narco sirve nada más como un pretexto para no intervenir, para sofocar de plano cualquier reacción cívica a favor de la mujer.

Los dos lados estaban de acuerdo en el peligro de intervenir. Nos contaron docenas de experiencias en las cuales un intento de inmiscuirse en un acto de violencia doméstica o de género en Sinaloa resultó en amenazas, palizas y otras situaciones peligrosas. Descifrar el verdadero riesgo de violencia o por lo menos separarlo del tabú de intervenir en esta esfera sociocultural requiere un esfuerzo prolongado y profundo de exploración (y auto-exploración) etnográfica.

Todavía hay mucho por hacer, pero hemos confirmado las dimensiones básicas de este debate en relación a la violencia doméstica y en contra de las mujeres en una serie de encuestas que hemos llevado a cabo en Culiacán, que se conforma más o menos de 500 entrevistas hasta la fecha. De hecho, el trabajo colaborativo en este grupo nos inspiró a cambiar todo nuestro enfoque desde la relación entre México y Estados Unidos y las prácticas de la guerra del narco en Sinaloa con respecto a los ciudadanos pacíficos; hacia la discriminación y la violencia en contra de las mujeres —un fenómeno que ha crecido bajo la superficie de esta guerra— con una gama de fuentes, algunas relacionadas y otras independientes. En los resultados preliminares, el debate sobre las causas más importantes queda muy dividido, e indica un fenómeno multifactorial, sobre todo.

Más interesante, cuando preguntamos cuáles son los casos más destacados o que más les han indignado en Culiacán, la gran mayoría de respuestas no hace referencia a las matanzas o feminicidios más sangrientos del narco, sino a casos mucho más cotidianos, que tocan al honor de la comunidad, como lo ocurrido en Navolato. Citan, por ejemplo, el caso de un hombre de la colonia Toledo Corro quien se dedicó a matar perros y comerlos, la mayoría mascotas locales. Un video captado por una vecina documenta *el Comeperros* matando a un perro pastor alemán a pedradas, lo que provocó una ola de indignación en redes sociales, varias demostraciones públicas, y, al fin, la detención del sujeto. Aparentemente era un hombre trastornado, quien había causado varios disturbios antes de llevar a cabo sus acciones toscas en contra de los animales, sin la intervención de las autoridades.⁵

En medio de una ciudad llena de cenotafios y cicatrizada por levantones y asesinatos, en una colonia usada para reclutar la mano de obra del narco, alojar su prácticas sucias, y verter los restos que deja, activistas y ciudadanos comprometidos con un futuro mejor señalan un caso de violencia no mortal en contra de algunos perros como prioridad para la acción cívica. El punto no es juzgarles, sino escucharles, y nos contaron algo importante sobre el tejido social y el horizonte de lo posible a corto plazo. Por supuesto, también citaron casos de violencia mortal y espectacular, pero otra vez sin un enfoque en el narco y la violencia que rodea a sus negocios ilícitos. Por ejemplo, relataron el caso de Thania Denisse Luna Paredes, quien fue “sorprendida en su vivienda” por dos hombres, “quienes la sometieron para robarle una computadora portátil, un teléfono celular y un cartón con ropa. No conforme con el botín, la sujetaron del cuello con un cable eléctrico hasta que la estrangularon, pero antes de escapar, los asesinos la rociaron de gasolina y le prendieron fuego,

⁵ “Captan a hombre matando un perro en Culiacán”, *El Universal*, 14 de enero de 2016.

por lo que se suscitó un incendio que acabó con el domicilio”.⁶ Es un caso terrible precisamente por lo manido de los motivos y el bajo valor que ponen a la vida humana y el sufrimiento del otro, sin la promesa de riqueza o poder, o el riesgo de encarcelamiento o muerte que pesan en la lógica del narco. Mortales o no, son casos que indican desgarrones en el tejido social en los cuales no hay la excusa del narco —el sospechoso habitual y fantasma espantoso siempre al fondo—. También son casos en los que los participantes perciben la oportunidad de hacer algo —son una muestra del horizonte de lo posible, de lo alcanzable—. Indican unos primeros pasos hacia la construcción de una paz sostenible y con justicia, no sólo para los abogados o activistas *hardcore*, sino para toda persona de buena fe que quiera participar.

El activismo que ha surgido del caso Navolato, sobre todo el buen trabajo del Colectivo de Mujeres Activas Sinaloenses, es cívico y participativo, depende más de la fuerza moral que de la fuerza coercitiva del estado, y se basa en el interés común. Sí acompañaron a la víctima y demandaron justicia en Navolato. Han presionado al procurador para abrir una averiguación previa en contra del victimario por el delito grave de intento de homicidio, y han impulsado un esfuerzo para reclasificar el delito de violencia familiar como “delito grave” —metodología clásica de la justicia (acción que queda congelada después de una primera lectura). Llamaron la atención de los medios nacionales e internacionales y recibieron muchas muestras de solidaridad. Pero un año después, esta atención había desaparecido, y el trabajo más importante estaba apenas empezando: entrenar a las policías acerca de cómo responder a casos de violencia doméstica, crear espacios para la mediación de conflictos entre parejas, abrir albergues y redes de protección para las víctimas. Son cosas que no dependen tanto de externalidades como la despenalización de las drogas, una nueva relación México–Estados Unidos, alternancia política en Sinaloa, o el desmantelamiento del Cártel de Sinaloa. Al nivel más básico, necesitamos conocer la cultura local, su sistema de honor, las metáforas claves con las cuales interpretan la realidad y las posibilidades de cambio como ellos las perciben.

Pase lo que pase, todos los participantes en este drama de Navolato tendrán que vivir juntos, en el mismo lugar —la víctima, los victimarios, sus familiares, las policías, y todo el pueblo de espectadores— los malos no van a desaparecer sea por fuerza o arte de magia. Cualquier solución que no tome esto en cuenta será más un testamento de fe o filiación ideológica que una solución positiva. Esta realidad queda muy clara en este caso provincial limitado. Nadie está hablando de poner todo el pueblo en la penitenciaría, en frente del paredón, ni en campos de reeducación, mucho menos de eliminarles o hacerles desaparecer.

Desafortunadamente, cuando hablamos del fenómeno más amplio de la violencia en Sinaloa o en México contemporáneo, muchas de las interpretaciones más discutidas no contemplan esta realidad. Sólo las políticas más crudas, como la estrategia de capos, la guerra contra los narcotraficantes, o el encarcelamiento masivo dicen explícitamente que van a eliminar a ciertos grupos —y han fracasado, tanto en Estados Unidos como en México y Centroamérica—. Sería un gasto de tiempo resumir todos sus defectos.

Más urgente, muchos diagnósticos de la violencia en Sinaloa, operando bajo el modelo de “nombrar y avergonzar” de la metodología de la abogacía de los derechos humanos, no han considerado bien la re–incorporación de los victimarios y el abanico amplio de la sociedad que ha nutrido

⁶ “Capturan a acusado de matar y quemar a mujer”, *Noroeste*, 26 de febrero de 2015.

la violencia en todos niveles. A nivel local, esta falta de perspectiva tiene mucho que ver con el temor y el coraje provocados por los actos de violencia en contra de ciudadanos y líderes pacíficos, y con el tratamiento del estado como campo de batalla remoto en donde el gobierno federal (y otros actores) siempre han empleado medios extremos —y estos sentimientos son muy entendibles—. Pero, a nivel más amplio, la tentación de olvidar a la humanidad desliñada y enmarañada en el fenómeno de la violencia, sirve como un mecanismo intelectual para justificar jerarquías que excluyen a la mayoría de la población —y la gente más afectada por la violencia en particular— del proceso activo de la construcción de la paz.

Ya basta con los zombis

En la historia del pensamiento occidental, la figura del caníbal ha sido el símbolo máximo del más allá del cuerpo político, si sea literalmente marcado al margen de los mapas del mundo pre moderno o metafóricamente al margen de las normas de la cristiandad, la civilización, o la modernidad. En su historia intelectual del canibalismo, la filósofa Cătălin Avramescu explica el doble sentido del caníbal:

En su rareza, el caníbal es soberano sobre una especie de libertad. Su historia es una que arroja luz sobre los orígenes el estado moderno y las fronteras de la civilización moderna, y sopesa su derecho a la existencia. [El canibalismo es]...una inversión fundamental, un teatro grotesco de figuras sin leyes. Es un carnaval en que todas las jerarquías del orden cívico disuelven en la confusión criminal. De ahí, la descripción del estado de la naturaleza como una guerra generalizada, una guerra de todos contra todos, una guerra sin límites.⁷

Culturalmente hablando, ¿para qué sirven los caníbales? Primero, son una caricatura del “otro” o el mundo no conocido que borra su individualidad y lo pinta como antimodelo de toda norma civilizada. Un pretexto para la violencia y dominación, para echar a un lado a las reglas normales de la conducta ética o legal. Y, como todo estereotipo, tiene más que un grano de nostalgia, un deseo para una libertad natural perdida o, por lo menos, su extensión lógica revela las contradicciones fundamentales o la hipocresía de la sociedad que lo maneja.

Durante la Ilustración, Swift, Voltaire, y Goya emplearon caníbales para demostrar la hipocresía de la llamada civilización europea, con sus guerras religiosas, desigualdades, fanatismos irracionales y persecuciones devastadoras, peores que algunos ritos canibalísticos de los llamados “salvajes”.⁸ En la época de los medios masivos, el canibalismo surgió otra vez como metáfora poderosa para la época de la muerte masiva y los terribles sacrificios hechos en defensa del bien mayor.

En los años setenta, había todo un género de la ciencia ficción que reflejaba un pánico moral sobre la destrucción del planeta y sus recursos naturales. El canibalismo jugaba un papel importante como metáfora clave para la destrucción del planeta.⁹ “Soylent Green is made of people!” es la revelación horrorosa de que el mundo distópico de la película depende de carne humana reciclada

⁷ *An Intellectual History of Cannibalism* (Princeton: Princeton University Press, 2011), p. 9.

⁸ Swift, Jonathan, *A Modest Proposal for Preventing the Children of Poor People in Ireland from Being a Burden to Their Parents or Country, and for Making Them Beneficial to the Public* (London: s.n. 1729); Voltaire, M. de, *Dictionnaire philosophique: ou la raison par alphabet* (Londres: s.n., 1767) [véase la entrada para “fanatisme”]; Hughes, Robert, *Goya* (New York: Alfred A. Knopf, 2003), pp. 222–25; Jáuregui, Carlos A., *Canibalia: canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina* (México: Iberoamericano Editorial, 2008), p. 237.

⁹ Véase *Soylent Green* (1973).

en secreto.¹⁰ En los años noventa, había un fenómeno igual sobre el crimen, a pesar de que las tasas del crimen violento se redujeron mucho, particularmente en México y EEUU. El símbolo máximo de eso fue el matador serial y canibalístico, como, por ejemplo la figura de Hannibal Lecter en *El silencio de los corderos* (1991).¹¹

Y ahora, en la época de guerras interminables contra el terrorismo y el narco, tenemos a los zombis. Los Zombis son caníbales literalmente en el sentido de que comen cerebros humanos, y de manera figurada porque devoran todos los aspectos de la civilización. Son ubicuos en la cultura popular —desde la pantalla grande hasta los video juegos— y la violencia que los rodea es mucho más gráfica que la de los autómatas, zumbando bajo el control cerebral de extra-terrestres (o líderes comunistas), en la cultura popular de los años cincuenta. Híper violento y gráfico, *The Walking Dead* (desde 2010) es la serie más popular de todo el mundo (es filmada en México, también). Como mecanismo literario, los zombis de *The Walking Dead* sirven para crear una inversión del ser humano, como los caníbales anteriores, e implican también una excusa existencial para la violencia. Es “nosotros o ellos, y punto”. Más relevante a su mediación masiva, los zombis son un dispositivo para impulsar la celebración de la muerte en masa y el acto de matar como deporte o espectáculo, con un abanico amplio de metodologías —con armas de fuego, navajas, machetes, flechas, trampas, fuego, automóviles, motosierras, etcétera—. Esta violencia en contra de los zombis opera con una falta total de ambigüedad moral, y una falta de personalidad de las víctimas —son hordas anónimas—. Aunque la violencia entre los seres humanos en la serie sí tiene cierta ambigüedad moral y sus víctimas sí tienen personalidad, el bajo estándar de la violencia en contra de los zombis se corre a las relaciones sociales entre los humanos, corrompiéndolas. Este proceso, que corre y crece al fondo de toda la serie como pregunta no resuelta, es una de sus ideas fundamentales. La gran mayoría de los usos populares de los zombis tienen mucho menos de esta sutileza —*Soy leyenda* (2007), *28 días después* (2007), *Planet terror* (2007), *Tierra de vampiros* (2010), y *Guerra Mundial Z* (2013), sólo para citar algunos de los más populares—.¹²

Con una inevitabilidad fatal, los zombis han llegado a figurar en las noticias actuales, con el supuesto de “narco-canibalismo” y todo un nuevo género de estos seres. Hay reportes nebulosos pero insinuantes de Michoacán, Tamaulipas y otros lugares de actos de canibalismo por parte de narcos. Aluden a incidentes en que alguien saca el corazón vivo de una persona (hasta un familiar) como rito de iniciación para Los Caballeros Templarios o Los Zetas. Hay otros ejemplos de narcos bebiendo la sangre de sus víctimas, etc.¹³ Y todos sabemos que hay otras matanzas y mutilaciones

¹⁰ Murray, Robin L. and Heumann, Joseph K. (2008), *Ecology and Popular Film: Cinema on the Edge* (New York: SUNY Press), pp. 93; McAlister, Elizabeth (2012), “Slaves, Cannibals, and Infected Hyper-Whites: The Race and Religion of Zombies”, *Anthropology Quarterly*, vol. 85, núm. 2, pp. 457–486.

¹¹ Tasker, Yvonne (2002), *The Silence of the Lambs* (New York: Mac Millan), 87.

¹² Cameron, Allan (2012), “Zombie Media: Transmission, Reproduction, and the Digital Dead”, en *Cinema Journal*, vol. 52, núm. 1, pp. 66–89; “‘Fear the Walking Dead’ Season 2, Episode 6: Mexico”, 15 de mayo de 2016, *New York Times*; Gary Farnell, “‘Talking Bodies’ in a Zombi Apocalypse: From the Discursive to the Shitty Sublime,” en *We’re All Infected: Essays on AMC’s The Walking Dead and the Fate of the Human*, Dawn Keetly Ed. (Jefferson, North Carolina: McFarland, 2014), p. 177.

¹³ “Mexican cannibal cartel forced new recruits to EAT THE HEARTS of people they murdered in shocking ritual to root out infiltrators”, en *Daily Mail*, 6 de enero de 2015; “Un temido capo narco obligaba a cometer actos de canibalismo a sus iniciados”, *La Nación*, 6 de enero de 2015; “Templarios y Zetas, narcos y caníbales”, *Unión Jalisco*, 20 de marzo de 2014; “Templarios extraían órganos a niños”, *El Informador*, 18 de marzo de 2014. Disponible en: <http://www.>

que demuestran igual calidad de salvajismo y sadismo espectacular: confesiones forzadas y ejecuciones en YouTube, Narcotube y otros sitios; decapitaciones; ejecuciones por machetazos y motosierras; hasta asesinatos por dinamita (gracias al CJNG).¹⁴

Después de una década de violencia que ha afectado a más y más sectores de la sociedad, todo este morbo ha provocado declaraciones aciagas y fatalistas de muchos analistas. Unos dicen que en México “está roto el tabú de la sangre”, particularmente en “estados broncos” como Sinaloa. Otros han culpado a un “un faccionalismo violento que siempre ha marcado la política mexicana” o “el gansterismo fatal de Sinaloa”; y otros más han resucitado el viejo “culto a la muerte” de la Revolución Mexicana, o de Jesús Malverde sin reconocer sus bases irónicas y anti-autoritarias.¹⁵ Ven en las demostraciones a favor del *Chapo* a un pueblo ignorante y dependiente del crimen e ignoran que muchos de los manifestantes son acarreados, que otros entrevistados temen decir algo malo en contra de un hombre aparentemente todopoderoso allá, y que muchos celebraron las fugas del *Chapo* porque probaron la corrupción y la falta de credibilidad moral de un gobierno que ha pisoteado Sinaloa sin ninguna consideración para la población.¹⁶ Es el mito, no el hombre y sus crímenes (y mucho menos su violencia) lo que celebran.

Crear en estos diagnósticos esencialistas implicaría creer en los zombis y confundir el espectáculo con la realidad.

Es cierto que la realidad es compleja. Por un lado, el narco es el factor más importante de los homicidios en Sinaloa, sin duda. A las alturas de la presente guerra del narco en 2012 (y especialmente después de la ruptura entre el Cártel de Sinaloa con el de los Beltrán Leyva en 2008), por ejemplo, según el Semáforo Delictivo, 91% de los homicidios en Sinaloa fueron ejecuciones llevadas a cabo por el crimen organizado. Es decir que sin el narco, la tasa de homicidios en ese estado habría sido relativamente baja. Para 2014, el porcentaje de ejecuciones había caído a 65%,

informador.com.mx/mexico/2014/518528/6/templarios-extraian-organos-a-ninos-dicen-que-comian-el-corazon-castillo.htm; “Los crueles rituales de iniciación en México,” BBC, 21 de abril de 2014. Disponible en: http://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/04/140410_mexico_rituales_narcotrafico_templarios_an; y “Testimonio de Sánchez Limón sobre el canibalismo de Heriberto Lazcano Lazcano ‘El Lazca’”, Tierra del Narco, 29 de julio de 2013.

¹⁴ Para historia y análisis del morbo espectacular, véase: Sara Schatz, *Murder and Politics in Mexico: Political Killings in the Partido de la Revolución Democrática and its Consequences* (New York: Springer/Verlag, 2011), pp. 90–91; Paul Eiss, “The Narco Media: A Reader’s Guide,” en *Latin American Perspectives* 41, núm. 2 (marzo 2014); *Blog del Narco, Dying for the Truth: Undercover Inside the Mexican Drug War by the Fugitive Reporters of Blog del Narco* (Port Townsend, WA: Feral House, 2013), Kindle Ed., locs. 290, 1429, 1961, 1988, 3009, 3821, 3986, 4037, 4371; John Gibler, *To Die in Mexico* (San Francisco: City Lights Books, 2011), 1 p., 7; Bunker, *Narcos over the Border: Gangs Cartels, and Mercenaries* (London: Routledge). Para el caso de las ejecuciones por dinamita del CJNG, véase: *Blog del Narco*, 20 de junio de 2015; *SinEmbargo*, 20 de junio de 2015.

¹⁵ Por ejemplo, en el documental *Antes de que nos olviden* (2014), producido por HBO México, Teresa Inchaustegui plantea que “el tabú de la sangre se ha roto” en México y Paco Ignacio Taibo habla sobre el faccionalismo, el “culto a la muerte” y la idea de que hay “estados broncos” como Sinaloa en donde la violencia se ha normalizado.

¹⁶ Véase, por ejemplo: “Marcha a favor de la fuga de El Chapo Guzmán en Sinaloa,” en *El Debate*, 14 de julio de 2015; “Jóvenes arman marcha de apoyo a El Chapo en Culiacán,” en *El Informador*, 14 de julio de 2015; “En Culiacán, marchan en apoyo a El Chapo; qué bueno que se escapó, presumen”, en *Proceso*, 16 de julio de 2015; y “Marchan en Culiacán tras fuga de El Chapo”, en *El Universal*, 16 de julio 2015. Desde la perspectiva de la prensa internacional, véase: “Chapo’s Saint Status in Mexico Made Him Elusive Prey,” en *Bloomberg News*, 27 de febrero de 2014; “Meet Jesús Malverde, the patron saint of Mexico’s drug cartels”, en *Houston Chronicle*, 20 de septiembre de 2015; or “Jesus Malverde: Not Just a Narcosaint,” en *Huffington Post*, 9 de enero de 2014.

pero la tasa de asesinatos por cada cien mil habitantes todavía era 21.6, casi el doble de la tasa de todos los asesinatos a nivel nacional ese año, 13.1.

Si comparamos Sinaloa con Baja California —dos estados que han ganado bastante mala fama por sus narcotraficantes— se nota que las ejecuciones han constituido la mayoría de los homicidios en Sinaloa y una minoría en Baja California en los últimos cinco años.¹⁷ Esto indica una diferencia fundamental en el fenómeno de la violencia en las dos entidades. En Sinaloa es el narco, casi como monopolio; en Baja California, al contrario, hay una mezcla más diversa de determinantes que tienden más al perfil clásico del crimen socio-económico.¹⁸ Y esta relación ha continuado a pesar del crecimiento reciente de ejecuciones en Baja California.¹⁹ Pero, por lo general, en los estados dominados por el narco, ellos son responsables para la gran mayoría de los homicidios.

De hecho, en 2014 había solamente un estado en México en dónde la tasa de homicidios habría quedado más alta que el promedio nacional, sin las ejecuciones del crimen organizado —Guerrero— es decir un estado en donde los dos patrones de violencia fueron severas en relación con las normas nacionales.²⁰ En 2016 no había ni un estado así. Además, dentro de Sinaloa se nota una clara concentración de los homicidios en los municipios más controlados por los narcotraficantes. En 2015, por ejemplo, la tasa de homicidios en Badiraguato —cuna y sede serrana del narco— fue 130 por cada cien mil habitantes; y la tasa en San Ignacio —sede provincial del narco en la sierra sureña del estado— fue 128.7. En Culiacán fue 51.4; en todo el estado de Sinaloa fue 25.8; y a nivel nacional fue sólo 14.2.²¹ Varios mapas de calentura del fenómeno del homicidio sugieren igual concentración de violencia en la sierra sinaloense y sus alrededores. En 2016, hay indicaciones de que tanto los homicidios como el porcentaje de ejecuciones han aumentado en Sinaloa, muy probablemente dado al conflicto entre elementos del Cártel de Sinaloa y el Cártel Jalisco Nueva Generación.²²

¹⁷ Tasa de homicidios y porcentaje de ejecuciones (fuente: Lantia Consultores / Semáforo Delictivo):

	2012		2014		2016	
Sinaloa	48	91%	33.3	65%	28.8	67%
Baja California	17	38%	20.8	44%	23.9	50%

¹⁸ Otros indicadores —altos niveles de robo a casa, robo armado de vehículos, y secuestro— refuerzan el patrón de crimen en Baja California comparado con Sinaloa. Sin embargo, es importante señalar que esta observación es particular a una época muy específica, después de la derrota del Cártel de Tijuana (Arrellano Félix) en 2010, y los datos más recientes indican un aumento tanto en la tasa de homicidios como en el porcentaje de ejecuciones en B.C. que coincide con una nueva competencia bien documentada entre los narcotraficantes para controlar la plaza.

¹⁹ En 2016, había 782 ejecuciones en Sinaloa (4° lugar nacional) y 587 en Baja California (7° lugar nacional). En enero y febrero de 2017 había más ejecuciones en territorio bajacaliforniano (98 en enero, 80 en febrero) que en el sinaloense (73 en enero, 69 en febrero). Semáforo de Ejecuciones, Lantia Consultores, disponible en: <http://www.semaforo.mx/content/semaforo-de-ejecuciones>.

²⁰ En Guerrero en 2014, la tasa de homicidio fue 42.7 por 100,000; la tasa de ejecuciones 27.2; y la tasa de homicidios sin ejecuciones 15.5 —comparado con un promedio nacional (de la tasa de homicidio) de 13.1 por 100,000—.

²¹ Semáforo de Ejecuciones. Para un resumen de los datos del INEGI y otras fuentes, véase: “Asesinatos aumentan 7.6% en 2015: ya suman 50 mil muertos en lo que va del sexenio”, *Animal Político*, 22 de enero de 2016.

²² El aumento marcado de homicidios en Baja California Sur, Colima, y Guerrero se relaciona con el mismo conflicto entre grupos del crimen organizado. Entre enero y julio de 2016, de los 8 municipios con las tasa más alta de homicidio, 3 son de Sinaloa y 3 de Colima. Véase: El Semáforo Delictivo, “¿Dónde está concentrada la Violencia?”, disponible en: <http://www.semaforo.mx/content/donde-esta-concentrada-la-violencia>.

Pero como medida de la experiencia de violencia, la tasa de homicidio es un instrumento contundente, que no alcanza ni lo profundo ni lo íntimo de la experiencia subjetiva de ser rodeado por esta ola de violencia. La tasa de asesinatos en New Orleans, en promedio, entre 2007 y 2012 fue más o menos igual a la de Culiacán —62 y 61 por cada 100,000 habitantes—, a las alturas recientes de la guerra del narco. Todos conocemos este tipo de comparaciones. Durante toda una década conflictiva aquí, la tasa de homicidio en Honduras ha sido cuatro veces peor que la de México. Culiacán, Ciudad Juárez, Monterrey, Cuernavaca y Acapulco han tenido sus momentos terribles en la lista de las ciudades más peligrosas del mundo, pero hay que fijarse en la cantidad mucho más grande de ciudades brasileñas y venezolanas que han ocupado estos rangos por años.²³ La temporalidad vale también.

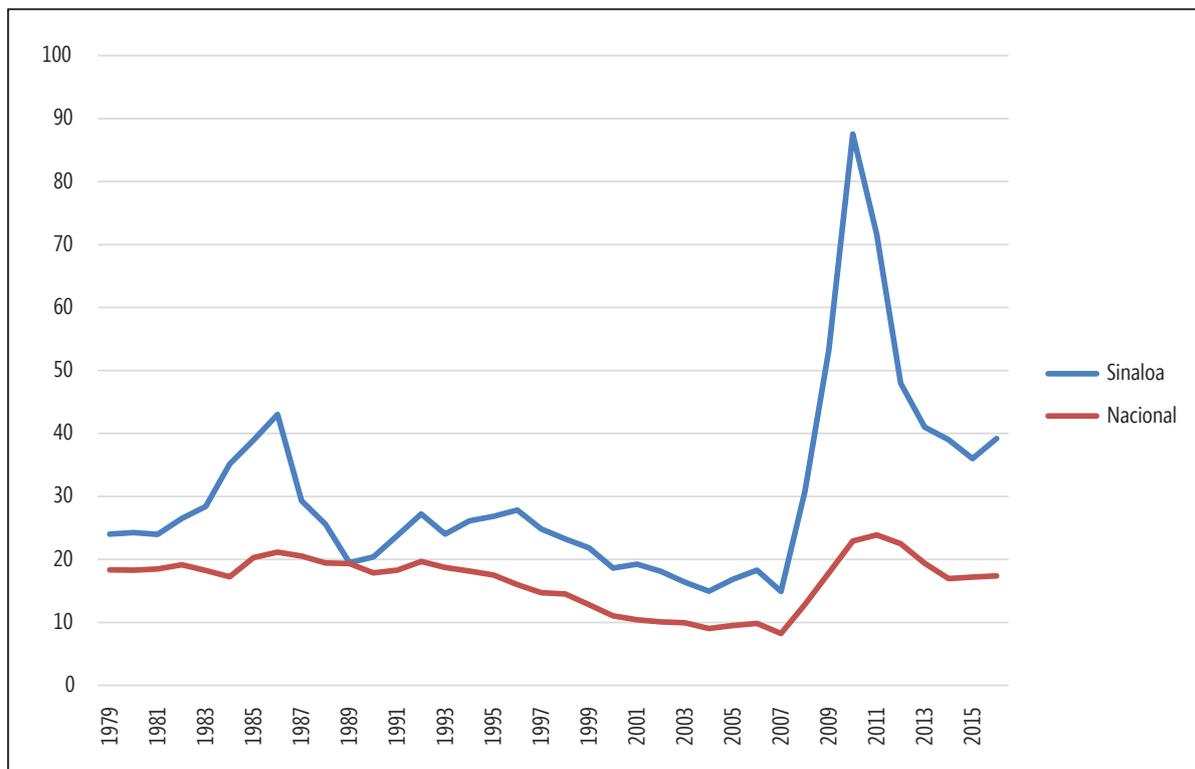
En Sinaloa, la explosión de homicidios a partir de 2007 fue más dramática que el auge a nivel nacional. De 2007 a 2010, la tasa de homicidio incrementó 587% (desde 14.9 por cada 100 mil habitantes hasta 87.5) (Véase Gráfico 1). Pero se bajó de pronto en los siguientes años, cayendo 47% de 2010 a 2013 (de 87.5 a 41 por cada 100 mil habitantes). La trayectoria histórica es más importante. A nivel nacional, había un descenso gradual de la tasa de homicidio desde 1979 hasta 2007 (con variación de algunos puntos, desde 18 hasta 8) y este descenso forma parte de uno más largo y gradual que empezó a finales de los años treinta.²⁴ De hecho, la tasa de homicidio en México fue peor a principios de los años sesenta (1961 = 29.4), que al momento más oscuro de la presente guerra del narco (2011 = 23.9). Es decir, por tres generaciones se bajó gradualmente la tasa de homicidio en México, reforzando una expectativa cultural de una sociedad menos y menos violenta, a pesar de la urbanización, la migración masiva, y todas las otras dislocaciones de la modernización (y a pesar de varios pánicos sobre el crimen) (Véase Gráfico 2).²⁵

²³ Los datos del Pew Research Center (que combinan las estadísticas de la FBI con varios estudios locales) son los más completos y transparentes en cuanto a la tasa de homicidio por ciudad en Estados Unidos. Véase, por ejemplo: “Despite recent shootings, Chicago nowhere near U.S. ‘murder capital,’” *Pew Research Center*, 14 de julio, 2014, disponible en: <http://www.pewresearch.org/fact-tank/2014/07/14/despite-recent-shootings-chicago-nowhere-near-u-s-murder-capital/> [de allí, se puede entrar a varias bases de datos]. Para los datos internacionales por país hasta 2012, véase: *Global Study on Homicide* (Viena: United Nations Office on Drugs and Crime, 2013), disponible en: <https://www.unodc.org/gsh/>; Para la lista de los municipios con las tasas más altas de homicidio, véase: Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal, “The 50 Most Violent Cities in the World 2014”, 2015, disponible en: <http://www.seguridadjusticiaypaz.org.mx/biblioteca/prensa/summary/5-prensa/199-the-50-most-violent-cities-in-the-world-2014>

²⁴ Escalante Gonzalbo, Fernando (2009), *El homicidio en México entre 1990 y 2007: aproximación estadística*, México: Colegio de México/Secretaría de Seguridad Pública, p. 29; y Piccato, Pablo (2008), “El significado político del homicidio en México en el siglo XX”, en *Cuicuilco*, volumen 15, número 43, mayo-agosto.

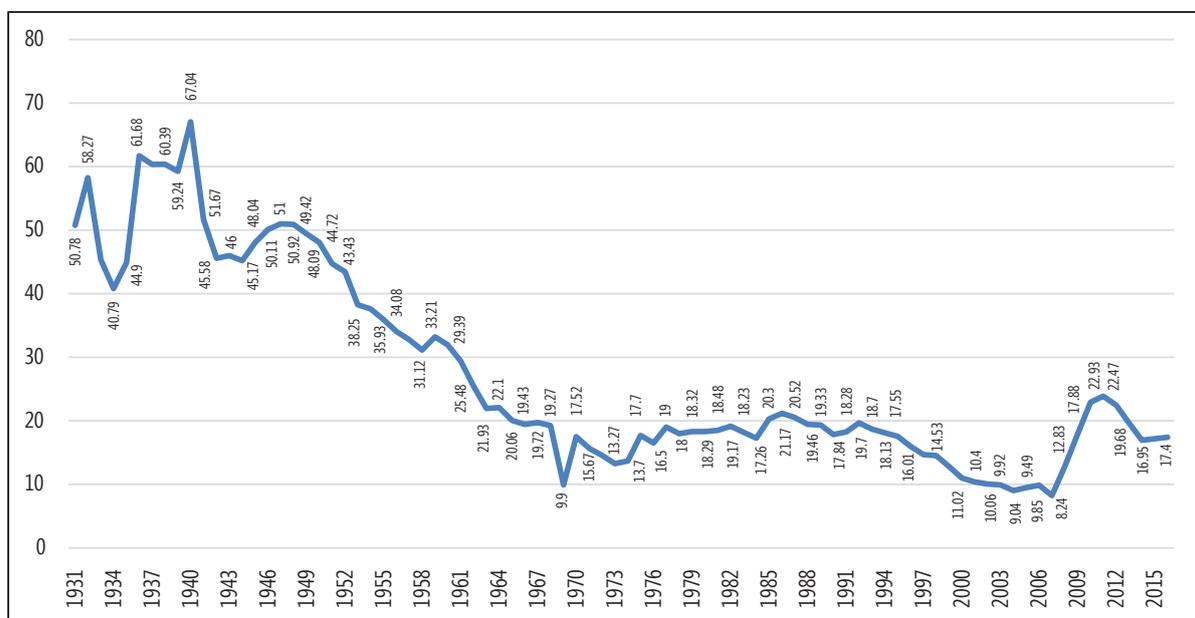
²⁵ Escalante Gonzalbo, Fernando (2012), *El crimen como realidad y representación*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Gráfico 1. Tasa de homicidios en Sinaloa y Nacional desde 1979



Fuente: elaboración propia con datos del INEGI.

Gráfico 2. Tasa de homicidios en Sinaloa y Nacional desde 1979



Fuente: elaboración propia con datos del INEGI.

En la época más reciente, esta expectativa iba de la mano con una apertura democrática y una revolución tecnológica. Por eso, el auge de los homicidios a partir de 2007 y la década de violencia cada vez más espantosa que ha seguido implican una ruptura profunda en las expectativas más allá de la seguridad o la política del narcotráfico. Esto explica, tal vez, los comentarios acalorados sobre el “tabú de la sangre”, “el culto a la muerte”, y la auto-flagelación sobre la violencia política como tradición en México. El coraje viene precisamente porque México no es un país violento; tiene casi un siglo de ser uno de los países más pacíficos del hemisferio; y tenía un horizonte muy distinto hasta fechas recientes.

Sinaloa sigue el patrón nacional, pero con dos excepciones marcadas, y un nivel promedio más alto. Entre 1981 y 1986, la tasa de homicidio casi se duplicó (desde 23.9 por cada 100 mil habitantes hasta 43.0). Se bajó a 19.5 en 1989, pero estalló otra vez hasta 27.2 en 1992 y 27.8 en 1996, y otra vez se redujo gradualmente hasta 14.9 en 2007, antes de emprenderse la presente guerra. No es una cuestión de mera estadística (Véase fig. 1). En 1986, el gobierno federal mandó 1,300 soldados y agentes federales al estado para buscar armas ilegales y vehículos robados y para imponer “orden,” siguiendo al modelo de Operación Cóndor de los años setenta y previas intervenciones armadas. En la primera mitad de 1993, hay reportes de tiroteos en plena luz del día, y la correspondencia oficial entre México y Estados Unidos es cribada de referencias al “estado bronco” de Sinaloa, sede criminal y blanco de operativos policiacos y militares.²⁶ La experiencia de repetidas crisis de violencia e intervenciones armadas al estado modeló las expectativas culturales de la población sinaloense. Por un lado, la ruptura cultural con la explosión de homicidios a partir de 2007 no fue tan dramática, aunque los niveles de violencia en la entidad eran mucho más altos que en casi todo el resto del país.

Vivir dentro de las luchas internas del narco y las intervenciones de soldados, agentes federales, y hasta fuerzas extranjeras era algo normalizado en el estado. Por otro lado, el cansancio con la tendencia nacional de culpar a lugares como Sinaloa por la violencia del narco y de no reconocer a sus víctimas locales (por presumirles como involucradas), ha motivado un nuevo espíritu de movilización, de modelar un nuevo horizonte, pero sin las nociones románticas de un destino fatal, ni la traición de la clase política a la globalización (una corriente palpitante en los comentarios nacionales a los dos extremos del espectro político nacional). En Sinaloa, no tienen el lujo de la nostalgia, ni del análisis macro.

Queda claro que la tasa de homicidios en sí misma no explica lo que la gente ordinaria quiere decir cuando describe “la violencia” asociada con la presente “guerra del narco” en Sinaloa. Ni correlaciona bien con el temor, el duelo, la frustración y el coraje que provoca. Además de la expectativa, hay dos grandes diferencias en la cualidad de la experiencia: la impunidad y el espectáculo.

La tasa de eliminación de los procesos de homicidio en Detroit—el porcentaje de casos en que un reo es procesado (pero no necesariamente condenado)— fue 92.5 por ciento en 2014. En sus peores momentos en 2012, fue de 38.5 por ciento. En New Orleans, la tasa fue 64 por ciento en 2014, arriba de un mínimo de 25 por ciento en 2010.²⁷ Según el FBI, el promedio nacional

²⁶ Por ejemplo, véase: “CIA, Director of Intelligence, Narcotics Review, 86-003”, o “Ambassador to Secretary of States”, Doc No. 1993MEXICO03363, de: Digital National Security Archive.

²⁷ “Detroit police report 92.7 percent homicide clearance rate so far in 2014”, *MLive.com*, 18 de marzo de 2014; “New Orleans murders down in first half of 2014, but summer’s death toll climbing”, *NOLA.com*, 21 de agosto de 2014.

en Estados Unidos fue 62.5 por ciento en 2012.²⁸ En México, fue 2 por ciento en 2012 (o una tasa de impunidad de 98 por ciento). En los estados con el mayor número de homicidios ese año —Guerrero, Estado de México, Chihuahua, y Sinaloa— más de 98 por ciento de los homicidios reportados no resultaron en un proceso penal. En Sinaloa, la tasa de impunidad fue 98.2 por ciento.²⁹ La expectativa es que no hay justicia para los asesinatos y más que impunes, los homicidas quedan libres para matar otra vez. Combinado con el espectáculo y morbo de las ejecuciones y mutilaciones, este nivel asombroso de impunidad exagera el impacto social de cada homicidio individual, produciendo temor y desconfianza generalizados.

Analizar el morbo y el espectáculo de la violencia es difícil en Sinaloa, precisamente porque es tan ubicuo y tiene una trayectoria mucho más larga que otros lugares del país. No hay un momento como el 6 de septiembre de 2006 en Uruapan, Michoacán, donde unos pistoleros tiraron cinco cabezas con un cartel amenazante al piso de un antro, ni algo parecido al incendio del Casino Royale en Monterrey el 25 de agosto de 2011, que marca el descenso de la violencia a un nivel más macabro y públicamente aterrador. Todas las prácticas cotidianas del narco están presentes en Sinaloa, incluso la tortura, si sea por parte de las fuerzas policíacas para extraer confesiones o por parte de bandas criminales para “calentar” a presuntos traidores, enemigos o soplones después de “levantarlos”. Como dice Adrián López Ortiz, director general del periódico *Noroeste*: “Lo atestiguan los cadáveres tirados en los baldíos con el tiro de gracia en la nuca, las dedos sin uñas, los genitales quemados, los miembros magullados. Algunos mutilados cuando todavía estaban vivos. Lo demuestran también los rictus congelados de terror en las caras de los muertos”.³⁰

Igual que el resto del negocio ilícito, muchos de los pioneros del espectáculo y morbo de la violencia se originaron en Sinaloa, incluso figuras como Santiago Meza el famoso *Pozolero* de Baja California (originario de Guamúchil, Sinaloa); sicarios como los *Ántrax* que sembraron terror en Juárez y el noreste; o Melissa Calderón, alias *La China*, la reina del asesinato por el *Cártel* de Sinaloa quien torturaba y mutilaba docenas de víctimas. Hay también en Sinaloa la terrible competencia para superar ritos sangrientos específicos de un rival. En 2014, por ejemplo, sicarios del *Cártel* Jalisco Nueva Generación ejecutaron a dos miembros del *Cártel* de Sinaloa con una motosierra después de una interrogación. Filmaron y difundieron el rito espantoso por redes sociales.³¹ Con la misma metodología, miembros del *Cártel* de Sinaloa mataron y mutilaron a un supuesto integrante de CJNG, y difundieron fotos en redes sociales.³² En junio de 2016, siete leñadores fueron asesinados y decapitados con motosierras en El Rosario, Sinaloa, por una facción probablemente

²⁸ “FBI Uniform Crime Report, data through 2012. Stable”, disponible en: <http://www.fbi.gov/about-us/cjis/ucr/crime-in-the-u.s/2012/crime-in-the-u.s.-2012/offenses-known-to-law-enforcement/clearances>

²⁹ Datos de INEGI, compilados y analizados aquí: “98% de los homicidios cometidos en 2012 están impunes”, *Animal Político*, 17 de julio de 2013. Disponible en: <http://www.animalpolitico.com/2013/07/98-de-los-homicidios-de-2012-en-la-impunidad/>; datos de encuestas confirman las cifras gubernamentales de impunidad; ver: Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE) 2013: disponible en: <http://www3.inegi.org.mx/sistemas/tabuladosbasicos/tabgeneral.aspx?c=33623&cs=est>

³⁰ “La tortura en Sinaloa,” *SinEmbargo*, 19 de febrero de 2015.

³¹ “Video en donde decapitan con una Motosierra a dos sicarios del Chapo Guzmán,” *Blog del Narco*, 18 de julio de 2014.

³² “Cartel de Sinaloa decapita a integrante del CJNG 2016,” 4 de febrero de 2016, <https://www.youtube.com/watch?v=9B4k7YAgyY0>

vinculada con el CJNG, siguiendo la cadena.³³ Este tipo de mimesis se ha repetido con varias formas de violencia.

Esta norma del uso y la manipulación de la violencia no se refleja bien con el concepto de criminalidad. Es la experiencia de una guerra, y una guerra de atrocidades, mucho más que la experiencia del crimen. Por lo tanto, tenemos que minar la sabiduría de la guerra y sus atrocidades, comprender a la experiencia y buscar todas las herramientas necesarias para llegar a la paz y empezar a curar las graves heridas que ha causado.

Una de las lecciones más básicas del estudio del fenómeno de la guerra es que pocos soldados intentan matar. Según John Horgan en su brillante resumen *The End of War*: “A finales de la Segunda Guerra Mundial, Samuel L.A. Marshall, general de brigada e historiador, sondeó a 400 compañías de soldados de infantería quienes lucharon en Europa y el Pacífico. Descubrió que sólo entre 15 y 20 por ciento de los veteranos dispararon sus armas en combate, aun cuando fueron ordenados a hacerlo”. Una serie de investigaciones complementarias reveló que la mayoría de los soldados sólo usan sus armas a la defensiva; la mayoría se enferman físicamente la primera vez que matan a otro ser humano y sufren efectos post-traumáticos; y el combate es un infierno para la mayor parte de los participantes.³⁴ Sobre el último punto, Horgan cita a Dave Grossman, antiguo coronel, comando del ejército y profesor de psicología en la Academia Militar del West Point. En sus libros *Sobre la matanza* (1996) y *Sobre el combate* (2004) Grossman recalca que “para la mayoría de los hombres, el combate es un infierno”.³⁵ Pero se podría añadir gran parte de la literatura testimonial sobre la guerra moderna en este sentido.³⁶

Esta pauta aplica también a las atrocidades de guerra y crímenes en contra de la humanidad. El politólogo, Bruce Jones, antiguo oficial de la ONU, calcula que sólo 2 por ciento de los varones Hutu mayores de 13 años ejecutaron casi todo el genocidio contra los Tutsi en Ruanda a principios de los años noventa.³⁷ Según el politólogo Benjamín Valentino, porcentajes pequeños de hombres —incluyendo a líderes y soldados— son responsables para mucha de la matanza del siglo XX, incluyendo las matanzas masivas en la Unión Soviética, China, Camboya, Los Balcanes, y Guatemala.³⁸ De toda esta literatura, Horgan identifica una serie de características genéricas: la mayoría de los que matan son jóvenes; la mayoría de las atrocidades son ritos colectivos cometidos por grupos

³³ “Encuentran a siete leñadores decapitados en Sinaloa,” *La Opinión*, 17 de junio de 2016; “Entregan cuerpos de los 7 decapitados en Rosario,” *El Debate*, 18 de junio de 2016.

³⁴ Horgan, John (2012), *The End of War* (San Francisco: McSweeney’s).

³⁵ Véase la versión revisada: Grossman, Dave (2014), *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill on War and Society*, New York, Open Road Media. Véase también: Emmet Meagher, Robert (2014), *Killing from the Inside Out: Moral Injury and Just War*, New York, Cascade Books.

³⁶ Para citar nada más algunos clásicos de la época de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Mexicana que recalcan esta observación sobre el combate: Remarque, Erich Maria (1929), *Sin novedad en el frente*, Foertsch, Eduardo y Jarnés, Benjamin, trad., Madrid, editorial España; Graves, Robert (1958 (1929)), *Goodbye to All That*, New York: Vintage; Jünger, Ernst (2004 (1920)), *Storm of Steel*, Hoffman Michael, trad., New York, Penguin Classics; Azuela, Mariano (2015 (1915)), *Los de abajo*, México, Fondo de Cultura Económica, edición conmemorativa; y Guzmán, Martín Luis (2004 (1928)), *El águila y la serpiente, Obras completas, vol. I*, México, Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión.

³⁷ Jones, Bruce D. (2001), *Peacemaking in Rwanda: The Dynamics of Failure*, Boulder, Colorado, Lynn Reinner Publishers.

³⁸ Valentino, Benjamin A. (2013), *Final Solutions: Mass Killing and Genocide in the 20th Century (Cornell Studies in Security Affairs)*, Ithaca, New York, Cornell University Press.

en los cuales la participación es coercitiva; parte de esta coerción es la deshumanización del “otro”; y aun los que simulan placer, celebración o morbo durante o inmediatamente después de cometer una atrocidad tienen la capacidad de sufrir moralmente y entender lo que han hecho.

Sobre este último punto, el escritor y veterano de la guerra en Vietnam Karl Marlantes relata la experiencia de ser un joven oficial en el campo, encargado de una sección de soldados rasos, la gran mayoría meros adolescentes. Un día, después de tomar una aldea durante un fuerte tiroteo, pescó a dos de sus soldados cortando las orejas de los cuerpos de unas víctimas locales de la batalla, y burlándose y riéndose durante la tarea sangrienta. El joven teniente se enojó y consideró sus opciones. Quisiera castigarles, pero la perspectiva de “aprehender” a dos miembros de la tropa para hacer cargos formales al regresar a su base, en la mera selva, en el territorio del enemigo, y después de una batalla en que muchos habían sido heridos le parecía poco práctico y desastroso para la moral. Pero dejarles sin castigo después de cometer un acto tan inhumano hubiera sido igual de desastroso para la disciplina y la moral de la tropa. Entonces él les ordenó a los dos soldados de excavar fosas y llevar a cabo una ceremonia funeraria para todas las víctimas vietnamitas de la batalla (incluso las de los cuáles habían cortado las orejas) afuera de las líneas. Regresó una hora y media más tarde y los espío llorándose y pidiendo perdón en frente de las tumbas nuevas.³⁹ Retenían la capacidad de sufrir moralmente.

Esta literatura implica todo un programa de estudio sobre la experiencia de las atrocidades en la llamada “guerra del narco” en Sinaloa.

En nuestro primer seminario en Culiacán, un compañero —quien trabaja con los reclusos de la penitenciaría— nos relató la experiencia de un ex sicario condenado a la penitenciaría después de rendirse a las autoridades por su propia cuenta. Había recibido órdenes de asesinar a una mujer en un coche blanco, de una marca específica, a una hora determinada, donde pasaría por un parque. El blanco era la novia de otro narco, involucrada en un trato malo y otras broncas con el jefe. Cuando llegó el coche, el sicario se dio cuenta de que dos niños estaban en el auto con la mujer. La regla en estas situaciones fue matar a todos, sin preguntar, so pena de muerte a manos de sus propios colegas. Pero el sicario no podía con los niños y se rindió a la policía, admitiendo varios crímenes para probar su suerte en la peni, de auto-castigarse para evadir al jefe, en lugar de matar a niños inocentes. Reportajes sobre sicarios y ex sicarios en Sinaloa confirman que por lo común la participación en la violencia es coercitiva y que sí tienen la capacidad de sufrir moralmente.

Otras viñetas sugieren fuertemente la posibilidad de redención y hasta una visión social redentora de los propios sicarios. En nuestro diplomado en Culiacán en 2017, un estudiante de posgrado relató un encuentro con varios sicarios que cambió su vida. Viajaba con dos colegas en un trecho remoto de camino en el norte de Sinaloa cuando poncharon una llanta. Él caminó a una gasolinera y prestó una llave de tubo, sólo para darse cuenta de que el encaje no fue del tamaño correcto cuando regresó a su vehículo. Estaba oscureciendo cuando llegó otra camioneta por el camino con tres hombres armados. Paralizado de miedo, el estudiante les explicó quiénes fueron y qué había pasado. Uno de esos hombres recogió una llave de tubo de su camioneta y les ayudó cambiar la llanta. Después, el estudiante estaba sentado en el asiento del conductor, cuando el jefe de la banda armada se bajó de su vehículo y se acercó a la ventana. El estudiante pensaba “Ahora nos

³⁹ Marlantes, Karl (2011), *What It Is Like To Go To War*, New York: Grove Press, p. 112.

van a robar. Espero que sólo lleven a la camioneta”; pero, al contrario, el sicario le ofreció la mano al estudiante con una petición: “Miren morros, traigan escuelas aquí al rancho. Yo sé que nosotros somos jodidos, pero quiero que los morros de aquí tengan la oportunidad de aprender otra manera de vivir”. Estrecharon las manos y salieron.

Todo esto sugiere fuertemente que los soldados en esta guerra no son zombies —así sean narcos, miembros de las fuerzas del orden, o una combinación de los dos— y por eso tienen pisos morales bajo los cuales no se rebajan sin coerción, que tienen intereses familiares, sociales y humanos en la resolución pacífica de los conflictos de fondo. No hay una excusa existencial para la violencia sin cuartel contra ellos —y todas las guerras así corrompen a las fuerzas que las emprenden—. Aun los que celebran la muerte y el acto de matar como deporte o espectáculo tienen la capacidad de sufrir moralmente y de redimirse si les damos la oportunidad. La mayoría de la violencia sí tiene ambigüedad moral (aun cuando la selección de víctimas es absolutamente injusta e indefensible), y las categorías absolutas no sirven sino para la retórica; todas las víctimas tienen personalidad —no son hordas anónimas, ni “daños colaterales”—. Finalmente, el trabajo de documentar esto va a ser una labor generacional en México, si empieza mañana o después de una década más de sufrimiento.

Ya basta con las vanguardias

Cuando preguntamos a nuestros grupos en Culiacán, y en nuestros sondeos y encuestas en el noroeste de México, cuáles son las causas más importantes de la oleada de violencia abatiendo a México en los últimos diez años, las respuestas más comunes son: “la ignorancia” y “la falta de valores”. Y cuando preguntamos cuáles son las soluciones más importantes: “la educación” es la más citada. Esto es muy común en este tipo de encuesta, y sería igual en Estados Unidos y otros países.

Pero, la educación también sirve como pretexto para decir que la próxima generación tendrá la responsabilidad de arreglar todo esto. Más peligroso, en la retórica política, señalar a la educación como solución es una manera de imaginar un futuro programado, una proyección ideológica que brinca los compromisos y el trabajo duro de convencimiento, colaboración y negociación que el cambio social incremental requiere. Es decir, cuando sacamos control de la educación, vamos a imponer tal y tal proyecto. Es una expresión del poder y de la fuerza jerárquica.

Esto no es decir que la educación no es importante. Al contrario, hemos aprendido mucho de maestras y maestros locales, y otros que trabajan con los niños. Hay organizaciones como Parque Alegres, Culiacán Participa, y Recuperarte que están creando espacios seguros y nutritivos para los jóvenes de Culiacán en dónde usan la terapia de arte y la reconquista artística del espacio público como alternativas a la *narcocultura* y el reclutamiento abierto que los narcos hacen en las escuelas.⁴⁰ Y queda muy claro para mí que están en la frente de esta guerra, absorbiendo todos los daños sin los recursos de responder adecuadamente.

Algunos ejemplos contemplan el medio cultural. Una maestra nos contó que después de poner fin a una aparente riña entre un chico y una chica de 7 años aproximadamente, en la que él

⁴⁰ Por ejemplo, véase: Peinado, Mari Luz “Recuperando Culiacán: Un colectivo trabaja para rehabilitar espacios abandonados y proponer una alternativa a la *narcocultura*”, *El País*, 28 de diciembre de 2013, http://internacional.elpais.com/internacional/2013/12/20/actualidad/1387567717_710091.html

le dio una bofetada, él le dijo a la maestra: “ella debe respetar y servirme” —muy probablemente un eco de sus padres—.

La misma maestra relató un incidente en el que había dado un pase para ir al baño a un niño de 11 años y él regresó como 20 minutos después. Cuando ella le preguntaba qué estaba haciendo afuera por tanto tiempo, el chico respondió que no podía acceder al baño porque le habían puesto en fila otros chicos para una chica adentro del baño. La maestra dijo: “¿una fila para qué?” antes de reconocer que la chica preadolescente estaba cobrándoles para favores sexuales en el baño de su escuela.

En enero de 2016, una estudiante de 14 años se encontraba en el homenaje de la telesecundaria donde estudiaba, en el municipio de Cosalá, Sinaloa, cuando tres jóvenes armados se introdujeron al plantel y, frente a decenas de alumnos y maestros, privaron de la libertad a la joven. Un maestro sacó una foto de las placas de la camioneta en la cual la llevaron, y esta misma camioneta apareció en frente de una casa particular en el pueblo en donde ella vive con su familia. Sus padres llamaron a la policía, pero no hicieron nada y después de unos días la camioneta desapareció otra vez.⁴¹

La tentación es ubicua. En la Facultad de Derecho de la UAS, estudiantes han llegado a sus clases llevando armas abiertamente. El crimen organizado recluta a plena luz del día en frente de la prepa con edecanes, música, pases para los antros y camionetas de lujo.

En la colonia La Campiña de Culiacán una estudiante de bachillerato de 16 años fue secuestrada por otras tres estudiantes y el novio de una de ellas, asfixiada hasta la muerte, y dejada en la barda perimetral de un fraccionamiento por cuestión de celos. Una de las victimarias habría visto en el celular del novio mensajes que iban dirigidos hacia la hoy víctima. Ella robó el PIN del celular de su pareja y fingió interés en una relación por parte de él en una serie de textos para entraparla. Las jóvenes declararon que el plan era solamente de levantarla, dejarla sin sentido con cloroformo, sacar fotos vergonzosas de ella para difundir en la escuela, y dejarla en paz. La asfixia fue “un accidente”, cuando no podían someterla tan fácilmente como habían planeado. Cuatro años después de su detención, los jóvenes involucrados no han tenido un juicio ni han sido sentenciados, y la familia de la víctima quedó sin justicia.⁴²

Los ejemplos de jóvenes interpretando varios memes violentos del narco (y la impunidad que les rodea) son trágicamente comunes. En la primavera de 2015, un grupo de adolescentes en Chihuahua torturaron y asesinaron a un chico del mismo barrio durante un juego de “secuestro”.⁴³ El otoño anterior, estudiantes pre-adolescentes en una primaria en Tamaulipas mantenían presionada a una compañera de clase en su escritorio, le levantaron su falda, y la asaltaron simulando una violación grupal.⁴⁴ Estudiantes universitarios más o menos privilegiados operaban una red de secuestro que resultó en la muerte de más de treinta personas. Después de su detención, los líderes del grupo admitieron que no necesitaban el dinero, ni fueron coaccionados. Solo quisieron ser gánsteres.⁴⁵

⁴¹ “Armados entran a escuela y se llevan a alumna”, *El Debate*, 2 de febrero de 2016, <https://www.debate.com.mx/culiacan/Armados-entran-a-escuela-y-se-llevan-a-alumna-20160202-0014.html>

⁴² “Tres años sin justicia ¿Recuerdas el caso?,” *El Debate*, 2 de febrero de 2016.

⁴³ “Cinco adolescentes matan a un niño al jugar al secuestro en Chihuahua”, *La Jornada*, 15 de mayo de 2015.

⁴⁴ “Niños de primaria juegan a violar a compañera”, *El Debate*, 13 de junio de 2015.

⁴⁵ “Buenos muchachos”, *Proceso*, 6 de agosto de 2015.

En muchos otros casos, tanto en Sinaloa como en otros lugares, se han notado latas de cerveza, botellas vacías, y los restos de cigarrillos de marihuana alrededor de las escenas en donde mujeres jóvenes han sido asesinadas, como si la matanza fuera parte de una fiesta o algo recreativo.⁴⁶

Con estos ejemplos es fácil complicar la dinámica víctima–victimario. Pero esta complejidad no es decir que no hay soluciones. En situaciones de violencia crónica, el teorista John Paul Lederach aboga por una “imaginación moral” que supera modelos existentes empleando conceptos y realidades contingentes al contexto específico. Nos explica:

La imaginación moral requiere la capacidad de imaginarse a nosotros mismos en una red de relaciones, una red que incluye hasta nuestros enemigos y reconoce nuestra interdependencia. Requiere la capacidad de abrazar a la complejidad sin perdernos en las divisiones sociales existentes, buscando algo más allá de lo visible, una “creatividad paradójica”. Requiere un compromiso al acto creativo, a la creación de algo no esperado en el medio cultural actual, que probablemente retaría aspectos de estatus quo. Requiere la aceptación de los riesgos que acompañan necesariamente a cualquier intento de trascender a la violencia.⁴⁷

Para llegar a soluciones “no esperadas” necesitamos escuchar activamente a la gente más afectada, incluso los victimarios, y abrirnos a nuevas posibilidades no anticipadas por las soluciones empaquetadas por nuestras disciplinas y prejuicios institucionales (o ideológicos). Arreglar a un pueblo para eliminarlo es una lógica de guerra. Una lógica de paz, al contrario, demanda el esfuerzo de buscar los intereses detrás de las posiciones de los involucrados en la violencia, y también los mecanismos para comunicar esos intereses que reconozcan el valor de sus perspectivas. Esto no significa perdonar o excusar actos de violencia de plano, ni anivelar moralmente víctimas con victimarios, sino minar la complejidad moral de la situación buscando los intereses que tienen en común y los medios más eficaces para su expresión.

El filósofo Kwame Anthony Appiah hizo un estudio comparativo de la abolición del vendaje de pies en China, el duelo en el mundo anglófono, la esclavitud africana en el mundo atlántico, la mutilación o cortamiento genital en África, y el asesinato de viudas en India y Paquistán. Argumenta que los intelectuales y otros actores cosmopolitas jugaron papeles claves en los movimientos más eficaces, pero realizaron los cambios sociales más sustantivos al momento de que élites locales asumieron su liderazgo. Y su éxito dependía mucho de la habilidad para emplear el sentido de honor y auto presentación de la comunidad afectada como un recurso al cambio social, no un obstáculo.⁴⁸

Más sencillamente, estamos hablando de una empatía radical, un “viaje de auto preservación” que opera en un eje horizontal de solidaridad, en lugar del eje vertical de la simpatía y la mayoría de las intervenciones clásicas en contra de la violencia y la pobreza.⁴⁹

⁴⁶ “Asesinan y prenden fuego a una joven mujer”, *El Debate*, 27 de abril de 2015. Sobre el patrón más amplio, véase: Monárrez Fragoso, Julia; Cervera Gómez, Luis; Fuentes, César; y Rubio Salas, Rodolfo (2010), *Violencia contra las mujeres e inseguridad ciudadana en Ciudad Juárez*, México: Miguel Ángel de Porrúa/Colegio de la Frontera Norte, pp. 374–86.

⁴⁷ Lederach, John Paul (2010), *The Moral Imagination: The Art and Soul of Building Peace*, Oxford, Oxford University Press.

⁴⁸ Kwame Anthony Appiah (2010), *The Honor Code: How Moral Revolutions Happen*, New York, W. W. Norton.

⁴⁹ La frase “viaje de autoexploración” para explicar la empatía, viene de: Jamison, Leslie (2014), *The Empathy Exams*, Minneapolis, Graywolf Press.

En nuestras colaboraciones prestamos metodologías e ideas de muchas disciplinas y especialidades, incluyendo los derechos humanos, la sociología de movimientos sociales, las ciencias conductuales, la resolución de conflictos, la mediación, la tecnología digital, el socialismo utópico, el diseño basado en los seres humanos, las micro finanzas, la innovación social, la terapia del arte, etc. En nuestro estudio colectivo, el genio de los proyectos más eficaces no viene de la pura teoría, ni del contexto cultural en que operan, ni de la cantidad de recursos que tienen a su disposición. Viene de los sondeos, las encuestas y entrevistas, y otros mecanismos para escuchar activamente a los más afectados, y la buena disposición de incluirlas como líderes en el proceso de construir una paz sostenible y con justicia.

Como nos dice Martin Luther King, el primer paso hacia el cambio social no violento es la colección de información, el proceso de escuchar las historias de injusticia y entender al marco en donde se desarrollan.⁵⁰

Unos primeros pasos para apoyar a una humanidad desliñada

“La dulce novia de la Song Tra Bong”, de Tim O’Brien, parte de su novela *Las cosas que llevaron* (1990), cuenta una leyenda —cuya veracidad es debatida entre los soldados— de un soldado del cuerpo médico americano en un enclave remoto que trae su novia a Vietnam. Empieza como un sueño típico de soldados solos: engañan a las autoridades, viene la novia, viven juntos, convierten un búnker en casa doméstica, y se olvidan de las realidades de la guerra, por un rato. Se desarrolla tensión sexual con los otros soldados y la novia se hace más y más independiente y se interesa en el trabajo sangriento de los médicos así como en experimentar con la maquinaria de la guerra y la geografía local —todo lo misterioso de Vietnam la excita—. Se convierte en una fantasía de la pérdida de la inocencia cuando ella empieza a salir con un grupo de fuerzas especiales en sus emboscadas y misiones misteriosas hasta que el novio la descubre en su campamento, llevando un collar de lenguas humanas, y participando en ritos extraños. En fin, ella desaparece, y se convierte en una leyenda de la selva, algunos dicen que ella está muerta, otros que caza a los soldados por la noche.⁵¹ La historia de “La dulce novia del Song Tra Bong” revela el gran temor y ambigüedad que los soldados sienten hacia una guerra extranjera insondable y brutal, su deseo de amar y ser amados como hombres valientes pero compasivos también dentro de un contexto que no se los permite.

En una de las viñetas o microhistorias de su crónica *Levantones* (2012), Javier Valdez Cárdenas relata un equivalente a “La dulce novia del Song Tra Bong,” pero en este caso una historia real que serviría perfectamente como sueño o leyenda. Una mujer, ama de casa con un esposo y dos hijos en un barrio de Culiacán, encuentra un tipo de narco-sicario en un bar, y de repente ella deja todo para quedarse con él, fascinada tanto con su riqueza y los lujos que trae como con la emoción y el revuelo de la violencia y riesgo de su trabajo. Empieza:

⁵⁰ El primero de sus “Seis pasos hacia el cambio social no violento” es: “La colección de información: se necesita investigación para comprender y articular una cuestión, problema o injusticia enfrentando a una persona, comunidad o institución. También es importante estudiar la perspectiva de su oposición”. Disponible en: <http://www.thekingcenter.org/king-philosophy#sthash.atGUjN5H.dpuf>

⁵¹ Tim O’Brien (1990), *The Things They Carried*, New York: Houghton Mifflin, pp. 85–110.

Esa vida predecible de rutinas y desapasionada la llevó a dejar todo: niños, esposo, y el moho empolvado de ese hogar sin calor. Primero frecuentó bares fresas y luego se echó un clavado en los senderos oscuros de antros ruidosos, de pisos resbaladizos y movedizos. En su fascinación por él, “sacó el animal, la bestia que ocultaba esa fase de mujer bonita y buena y bien portada”. “Un día, relata, llegó con la pistola caliente, apretada por esas manos de robot sensual, y se excitó”.

Ella se cae en el mundo del “hombre lobo”:

Se enamoran, de una manera, pero ella no puede decidir si quiere al hombre o nada más su vida de dinero, acción y riesgo. Enfrentando sus dudas, él le dice: “Yo nunca he dejado a una mujer. No lo haré contigo. Y si te vas, no hay pedo, no más no te lleves nada. Así sabré que me quisiste, que no fue por dinero”.

Consiguió que fueran por ella. Tomó su carro y su vieja vida, regresó con sus hijos, pero no quiso ver más al esposo. A los meses ya estaba divorciada. Uno de sus más cercanos amigos contó que una vez que ella estaba sentada en un sillón de la sala de su casa, ubicada en un fraccionamiento de viviendas de interés social del sector norte de la ciudad, en Culiacán, en diciembre de 2012, leyó la sección policiaca del diario: “Y lo vio a él. Era el mismo bato. Primero quedó hipnotizada. Con los ojos pegados a la hoja del periódico. Su foto, su mirada congelada. Ida, ya en retirada. Y la morra se puso a llorar”.⁵²

Esto es lo que significa una “humanidad desliñada”: todas las aspiraciones, temores, inseguridades, vanidades, deseos y otras debilidades humanas filtradas por el marco de una violencia siempre presente, siempre al fondo, colorando al imaginario social. No es decir que el narco ha corrompido a toda la sociedad, sino que sus memes, metáforas y símbolos han sido incorporados en la vida cotidiana para representar toda la gama de emociones, escenarios e interacciones humanas. Explicarlo de otra manera, decir que el narco ha corrompido a la sociedad sinaloense (o mexicana), sería igual a decir que McDonald’s ha corrompido a la cultura mexicana. A cierto nivel, el impacto empírico (y yo, tal vez, diría negativo) es innegable: desplazamiento de negocios locales, popularización de comida poco saludable, pérdida de la técnica y sabiduría de una rica tradición culinaria, etcétera. Pero, a otro nivel, sería ridículo tratar a McDonald’s solamente como borrador o vacío carente de cultura auténtica e ignorar cómo la gente local lo interpreta y lo incorpora a su propio imaginario sociocultural. Descartarlo de plano sería un gesto supremo de elitismo. Es igual con el narco y la *narcocultura*. La realidad empírica es innegable e impresionante, es una industria incansable de cinismo y materialismo, violencia y muerte. Pero, a otro nivel, la gran cantidad de productos estéticos del narco, sus narrativas y leyendas, personajes y palabras han sido incorporados al imaginario social. Por encima de su realidad material, mediática o comercial, su interpretación sirve para expresar toda una gama de sentimientos humanos, desde el hedonismo y la apatía hacia la sátira y críticas feroces del poder. Entonces, cuando enfrentamos a “Vas a llorar” hay una tentación de leerla como historia antifeminista y hasta revictimizadora —adoración del hombre fuerte y su masculinidad tosca, cosificación de las relaciones sociales o fetichismo material, y erotización de la violencia (y vice versa)—. Hay todos los requisitos. Se pone la marca “hecho en Sinaloa” y ya está completo el arquetipo. Pero hacer eso sería descartar a las expectativas de clase y género de las cuales está “mujer buena” que quería evadir, o la falta

⁵² Valdez Cárdenas, Javier (2012), *Levantones: historias reales de desaparecidos y víctimas del narco*, México, Aguilar, pp. 178–182.

de un propósito de vida valorizado por su propia sociedad que deseaba trascender. Lo distinto de Culiacán en este escenario no es la fantasía gángster de una evasión de las banalidades de la vida cotidiana —es casi universal— sino la posibilidad de realizarla de una manera que en sí misma viola la norma de lo que es una fantasía (algo no alcanzable). Aquí choca una humanidad imperfecta pero muy entendible con una realidad implacable.

Así como no debemos ver a los victimarios del narco como zombis ni a nosotros en papel de vanguardia elitista, tampoco hemos de hacerlo con la sociedad como víctima indefensa e impotente del narco o del estado, sino en el entendido de que son seres humanos que comparten todas las faltas y los prejuicios como nosotros, pero que enfrentan una serie de barreras estructurales que parecen inamovibles. Escuchar a las dos de cerca y prestar atención a las metáforas de la violencia además de sus realidades materiales no significa perdonar a los poderosos por sus abusos ni minimizar al sufrimiento de las víctimas, sino entender al mundo en que actos de violencia que parecen insondables, son posibles y significativos.

A un nivel más básico, buscar lo cotidiano de la violencia (si sea mortal o espectacular o no) como una serie de prácticas y metáforas revela muchas historias de solidaridad, valentía y supervivencia creativa escondidas o ignoradas por la macrohistoria de la guerra del narco. En las otras crónicas de Valdez Cárdenas, por ejemplo, encontramos al conductor de un autobús quien ayuda a un migrante indígena empobrecido a regresar a su tierra después de ser levantado; madre e hija quienes gritan el aviso a un desconocido en la calle cuando aparecen sicarios detrás de él; un hombre quien ofrece intercambiar su propia vida por la de su hermano secuestrado; unos funcionarios municipales que hacen un paro para salvar la vida de un colega detenido por órdenes de unos narco-trafficantes por no aceptar una mordida; periodistas y líderes cívicos en colonias pobres o pueblitos remotos que resisten las amenazas y presiones del crimen organizado para defender la autonomía y el honor de sus pueblos; y muchas madres, padres, esposas y esposos quienes arriesgan todo para investigar el paradero de sus seres queridos desaparecidos y demandar respuestas de la autoridades.⁵³ Hay muchos más, tanto a nivel estatal como nacional.

Como yo he escrito en la versión en inglés del libro *Levantones*, hay un riesgo intrínseco de explotación en narrar explícitamente sobre la violencia. Este riesgo crece dramáticamente cuando el enfoque es la calidad determinada por los múltiples factores de la violencia en el México contemporáneo, en lugar de una causa o agente singular; y cuando los individuos involucrados han perdido su fe en las instituciones en las cuales dependen para denunciar, castigar y recompensar actos de violencia.

La violencia atrae con fuerza primordial y representaciones de la violencia a menudo dan un giro hacia el voyerismo, especialmente cuando el sendero es iluminado por mil y un estereotipos en Tecnicolor. Hoy en día no hay duda de que hay toda una industria en Estados Unidos que proclama “violencia en México”, implicando el riesgo de su posible contaminación a quienquiera que le to-

⁵³ Además de *Levantones* (2012), véase: *Con una granada en la boca: Heridas de guerra del narcotráfico en México* (México: Aguilar, 2014); y *Huérfanos del narco: Los olvidados de la guerra del narcotráfico* (México: Aguilar, 2015). Hay historias parecidas de valentía y sufrimiento cotidiano en: Rea, Daniela (2016), *Nadie les pidió perdón* (México: Urano); y Turati, Marcela (2011), *Fuego cruzado: Las víctimas atrapadas en la guerra del narco* (México, Grijalbo).

que. Esta caricatura jugó un papel clave en las elecciones presidenciales.⁵⁴ Enfrente de una multitud de distintos actores violentos, con un surtido diverso de motivos, la falta de poder de una víctima individual se puede transferir al lector o espectador, y la empatía se puede derretir hacia la apatía.

La mayoría de la literatura y el periodismo sobre la “guerra del narco” se ha enfocado en los actores más grandes, los incidentes más espectaculares y el peligro de acercarse a ellos. En contar las hazañas de los cárteles y sus enemigos, y presentarlas en la forma de partes de guerra; aceptan implícitamente las mismas lógicas que han justificado una escalada masiva de la violencia. Aun dejando a un lado la coherencia de estos fenómenos, hay un problema de escala. Los dramas de la élite de la política y los “batos pesados” del narco crean una promesa de causalidad y por eso de soluciones posibles. Pero las instituciones a las cuales culpan —el gobierno mexicano, los cárteles, el consumidor norteamericano, la corrupción, el imperialismo— son tan grandes y amorfas que todo cambio incremental sería ilusorio. Los mejores estudios ofrecen revelaciones críticas y datos empíricos sobre los procesos de fondo, y esperamos que quienes hacen la política pública presten atención. Pero no tienen mucho que ofrecer a la gente más afectada por la violencia o los que quieren apoyarles. No sugieren un punto de partida, una manera de recuperar la dignidad humana y la comunidad moral fracturadas por la violencia crónica que no depende del derrocamiento del gobierno mexicano o la reformación radical de la relación entre México y EEUU. Efectivamente, la literatura existente tiende a tratar a las víctimas como productos de sus propias elecciones (aún si su sufrimiento es desproporcionado) o simplemente como daños colaterales.

La violencia crea una ruptura en la auto-narrativa de un individuo y aísla a los supervivientes en el dolor y la duda. La narración de estas historias cotidianas revela pautas comunes que los individuos no pueden ver. Explorando la experiencia habitual de una oleada de violencia, encontramos actos pequeños de valentía y solidaridad, a menudo hechos bajo riesgos personales considerables. La violencia crónica de la guerra del narco ha forzado elecciones morales imposibles y ha corrompido a las instituciones que previamente fondearon la brújula moral de la sociedad sinaloense. Actos pequeños de valentía revelan que los miembros individuales de la sociedad retienen la capacidad de ser buenos y hacer cosas buenas.

Esta no es cosa insignificante. El reconocimiento de una experiencia común y una capacidad moral colectiva crean la posibilidad de imaginar cambios incrementales, cosas pequeñas que la gente ordinaria y los supervivientes pueden hacer ahora mismo. En el campo de la construcción de paz, se llama “presencia activa” o “acompañamiento integral” y significa escuchar a los supervivientes y ayudarles a contar sus propias historias; documentar cómo estas historias caben en una experiencia

⁵⁴ Véase, por ejemplo, el gran éxito de Breitbart News, disponible en: <http://www.breitbart.com/big-hollywood/2016/07/11/border-wall-construction-co-shirt-limited-edition/un>. Blog derechista que se convirtió desde un medio partidario de chisme político a ser una de las fuentes de “noticias” más consultadas sobre migración, violencia, y todo lo que pasa en la frontera México-Estados Unidos por medio de una campaña viral a partir de 2014 de propaganda sobre una supuesta “crisis en la frontera”, llena de mitos —como la supuesta célula de Al Qaeda en Ciudad Juárez—, anécdotas —como la violación de una estudiante universitaria en Tejas por un migrante indocumentado— y mercadotecnia mercenaria —como la creación del “Border Wall Construction Company”, identidad imaginaria que ha vendido miles de playeras a los que quieren identificarse con la construcción del famoso muro del candidato Donald Trump.

colectiva; y ayudarles a curarse.⁵⁵ Mientras que pueda empezar antes de la resolución de los factores determinantes de la violencia, este proceso no es un mero paliativo, hecho en lugar de cambios sociales sustantivos; es una precondition necesaria para cualquier cambio social significativo. En la ausencia de curación individual y colectiva, el aislamiento, la venganza, y el exclusivismo criarán más violencia y tiranía.

Pues, ya basta con los zombis y las vanguardias. El único sendero viable es reconocer la humanidad tanto de los victimarios como de las víctimas, y ofrecernos como oyentes activos más que críticos de arriba y afuera.

⁵⁵ Ricigliano, Robert (2012), *Making Peace Last: A Toolbox for Sustainable Peacebuilding* (Boulder, CO: Paradigm Publishers); Lederach, John Paul (2014), *Reconcile: Conflict Transformation for Ordinary Christians* (New York: Herald Press); y (2012), "Compassionate Presence: Faith-Based Peacebuilding in the Face of Violence" (San Diego: Joan B. Kroc School of Peace Studies Distinguished Lecture Series); Scheiter Robert J. (2010), "A Practical Theology of Healing, Forgiveness, and Reconciliation," en *Peacebuilding: Catholic Theology, Ethics, and Praxis*, Scott Appleby y Gerald Powers eds (New York: Orbis Books), pp. 366–97. Para un ejemplo del uso del acompañamiento integral en una situación de violencia crónica y violencia sexual, véase: Lykes, M. B. and Cabrera Pérez-Armiñan, M. (2008), "Compartir la memoria colectiva: Acompañamiento psicosocial y justicia integral para mujeres víctimas de violencia sexual en conflictos armados [Sharing our collective memory: Psychosocial accompaniment and integral justice for women, victims of sexual violence in armed conflict]", *Guatemala: PCS–Consejería en Proyectos*. Para un resumen de los orígenes del "acompañamiento integral" en la psicología contemporáneo, véase: Torres Vega, Juan Manuel (2006), "La psicología positiva: una opción profesional", *Journal of Positive Psychology* 1, no. 1: pp. 3–16.